



Comentarios sobre la obra de Freud, en el 150 aniversario de su nacimiento

Comments on Freud's work on the 150th anniversary of his birth

■ Cecilio Paniagua

Resumen

En este escrito se pasa una revista somera al desarrollo de la obra de Sigmund Freud en el 150 aniversario de su nacimiento. Y se comenta sobre las aplicaciones clínicas del psicoanálisis y algunas de sus evoluciones técnicas, así como sobre las repercusiones sociales y educativas de las teorías de este autor esencial para la comprensión de la cultura occidental contemporánea.

Palabras clave

Freud. Psicoanálisis. Inconsciente. Hipnosis. Represión. Resistencia. Técnica analítica.

Abstract

This is a succinct review of the development of Sigmund Freud's work in the 150th anniversary of his birth. The clinical applications of psychoanalysis and some of its technical evolutions are commented upon. Also, reflections are made on the social and educational repercussions of this author's theories, essential for an understanding of contemporary Western civilization.

Key words

Freud. Psychoanalysis. Unconscious. Hypnosis. Repression. Resistance. Analytic technique.

■ **Conversión, sugestión y represión**

A finales del siglo XIX, Sigmund Freud (1856-1939), el padre del psicoanálisis, inició su andadura en el estudio de las profundidades del psiquismo a través del uso de la hipnosis. Junto con su afamado colega Josef Breuer, descubrió que la génesis de los aparatosos síntomas de la llamada "gran histeria" podía ser explorada recurriendo a métodos hipnóticos. Parálisis, algias y parestesias, convulsiones, contracturas, cegueras, estados disociativos

El autor es Doctor en Medicina, Psiquiatra y Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

no orgánicos que antes se consideraban "imaginarios", facticios, incomprensibles o debidos a alguna ignota lesión física, resultaban ser consecuencia de la *conversión* de un angustioso conflicto psíquico en una manifestación somática. Bajo sugestión hipnótica se revelaban significados insospechados tanto para el paciente como para el médico. Pero lo más llamativo de este tipo de investigación diagnóstica es que producía una espectacular mejoría de los síntomas. Dichas "curaciones", no obstante, solían ser efímeras. Después de la hipnosis, estos enfermos eran, por lo general, incapaces de relacionar sus dolencias con los sucesos traumáticos de su pasado infantil verbalizados durante el trance. Con frecuencia, estos sucesos eran de naturaleza sexual y, por lo común, no debidos a incidentes aislados. Se comprende que, en aquella época, este hallazgo resultase revolucionario, porque, además de explicar la etiología de una enfermedad enigmática, apuntaba a los asuntos tabú de la sexualidad infantil y la posibilidad del incesto. Pero, quizás más importante aún, se trataba de un descubrimiento demostrativo de que podían existir unos procesos mentales complejos y cargados de significado que tenían lugar más allá de la consciencia.

Con el fin de conseguir remisiones sintomáticas más duraderas y de minimizar posibles connotaciones de seducción, tan comunes en la fantasía de las mujeres histéricas bajo hipnosis, Freud ensayó otros métodos sugestivos que condujesen a las deseadas catarsis terapéuticas. Durante un tiempo, usó la técnica de Hippolyte Bernheim de aplicar la mano sobre la frente de sus pacientes, ordenándoles que dejaran aflorar los recuerdos olvidados. Sin embargo, también bajo estas circunstancias "los resultados terapéuticos obtenidos desaparecían ante la menor perturbación de la relación personal entre médico y enfermo", que escribiera Freud en su *Autobiografía* (1924). Esto le condujo a cuestionarse y relativizar el valor del fenómeno catártico, que parecía inferior al factor del vínculo afectivo subyacente entre el paciente y el médico. Con todo, estas experiencias llevaron a Freud a preguntarse cómo era posible que estos enfermos hubiesen olvidado hechos tan significativos en sus vidas, recordándolos luego sólo con la aplicación de maniobras sugestivas. Su respuesta fue que todo aquello olvidado que se transformó en unos síntomas conversivos había resultado, en el pasado, abrumador e intolerable para el psiquismo infantil. Este es el origen de la teoría de la *represión*: la mente inmadura del niño se había visto forzada a soterrar en lo inconsciente impresiones que habían causado excesiva angustia, culpa o vergüenza, i.e. que habían sido vivenciadas como *traumáticas*. La oposición a la rememoración y expresión verbal de estos recuerdos constituye el fenómeno de la *resistencia*. La superación de ésta, razonó Freud, es lo que haría que el impulso original que estaba manifestándose sustitutivamente en forma de síntomas pudiese ser manejado racional y voluntariamente, y a las técnicas conducentes a conseguir este fin denominó Freud el *psicoanálisis*. Este término, además de a su acepción *terapéutica*, acabó aplicándose a la serie de conocimientos adquiridos sobre el *desarrollo emocional* y a la nueva disciplina como método de *investigación* de lo inconsciente (Freud, 1922).

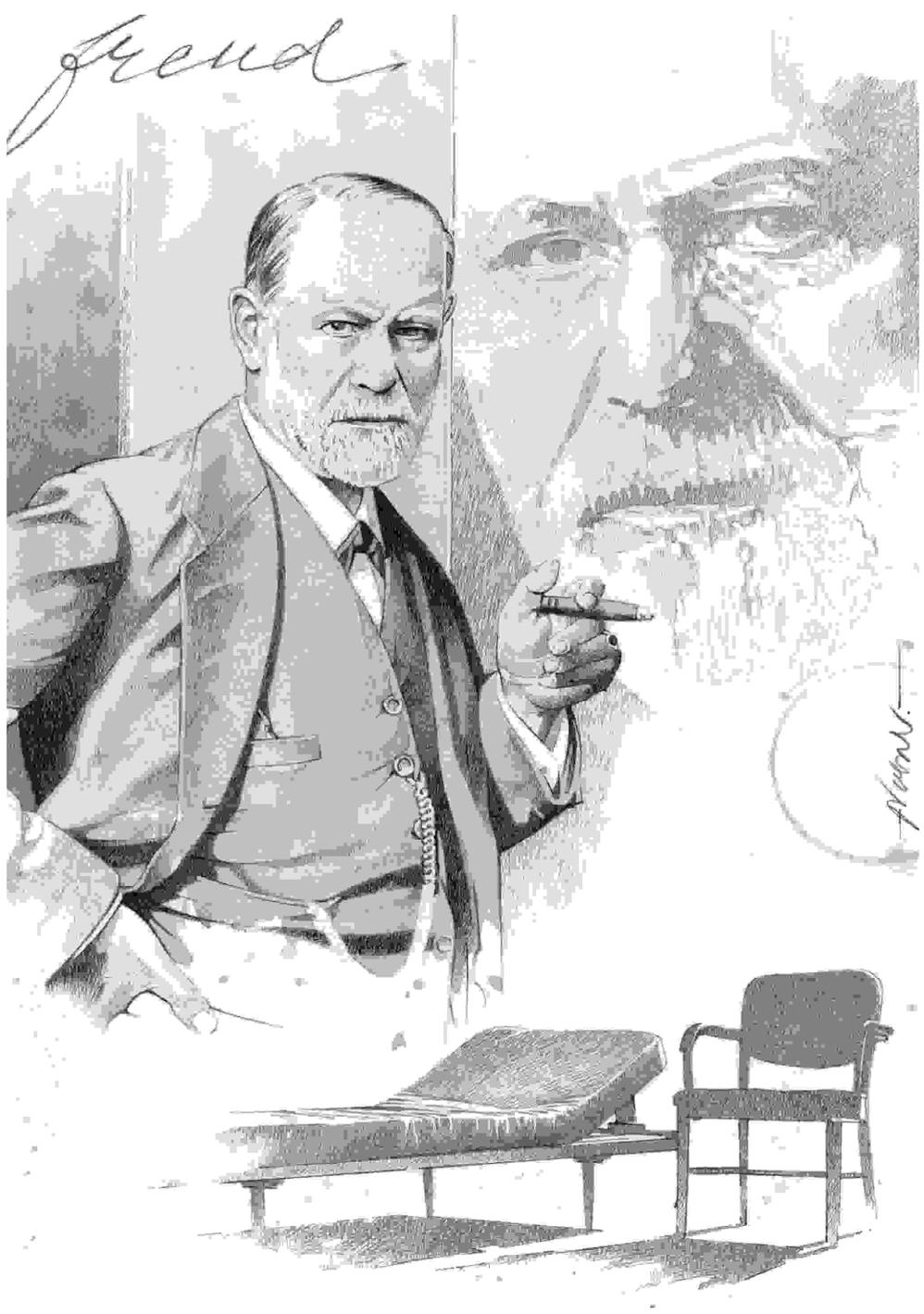
En la concepción inicial freudiana de la mente, lo *consciente* (o aquello susceptible de serlo: lo *preconsciente*) se opondría activamente a lo *inconsciente*, que contenía los elementos

reprimidos. "Lo inconsciente es para Freud el conjunto de esas representaciones o deseos expulsados. De este modo quedaba explicada la dificultad para obtener que el enfermo recordara lo que era causa de su mal: las mismas fuerzas que habían arrojado la representación patógena a lo inconsciente, se resistían a dejarla escapar de nuevo, a dejarla volver sobre la superficie de la memoria". Esto lo escribió nada menos que Ortega y Gasset ya por 1911. La descripción de este funcionamiento mental es lo que los psicoanalistas conocemos como *primera tópica* freudiana. La comprensión de la psicopatología neurótica como resultante de una interacción de fuerzas psicológicas inaugura en psiquiatría la interpretación *dinámica* de los síntomas, tan distinta de la nosología meramente descriptiva o fenomenológica. A partir de entonces resultaron inadecuadas las teorías de la "degeneración moral" o la "debilidad constitucional" como causas de la neurosis.

Psicosexualidad, la libre asociación y las defensas

Pocas tesis psicoanalíticas generaron mayor repulsa que la de la existencia de una sexualidad infantil. Sin embargo, a cualquier observador medianamente objetivo ha de resultar evidente que los niños tienen curiosidad y excitación sexual. Suele decirse que, a este respecto, Freud no describió nada que cualquier niñera de su época no hubiese podido constatar. ¿Cómo explicarnos entonces el prejuicio negador en lo concerniente a este fenómeno? Parecía haber sólo una respuesta: los adultos tendemos a evitar dichas percepciones y a reprimir nuestros propios recuerdos sobre el particular. A esta conclusión se le añadió el hecho desconcertante de que las historias sobre seducción en la infancia que relataban las enfermas histéricas parecían a veces demasiado inverosímiles. Freud dedujo entonces que debía existir un mundo de fantasías sexuales inconscientes independientes de la experiencia. Hace un siglo parecía asombrosa (y escandalosa) la noción de que pudiese haber una psicosexualidad primaria en la infancia que acababa sucumbiendo parcial o totalmente a la amnesia de la represión.

Para explorar las dinámicas de la psicosexualidad, eludir críticas acerca de la posible introducción en el tratamiento de la ideación del propio psicoanalista y disminuir la dependencia del enfermo de la influencia del médico, Freud decidió abandonar en su día los métodos sugestivos y adoptar el de la *libre asociación*. Siguiendo este último método, se instruía al paciente a verbalizar todo lo que se le pasase por la mente, absteniéndose de suprimir ningún pensamiento, por trivial, ansiógeno, ofensivo o embarazoso que le pareciese. Pronto halló que este procedimiento, considerado la *regla psicoanalítica fundamental*, no podía cumplirse fielmente en la práctica. Tarde o temprano, el paciente acababa oponiendo resistencias o ideaba justificaciones para no proporcionar al analista el material requerido. De esto infirió Freud que se debía prestar atención no sólo a los procesos mentales (pensamientos, recuerdos, sueños, fantasías, sentimientos o sensaciones) suprimidos, sino también al fenómeno mismo de la resistencia, esto es, a las maniobras psicológicas protectoras que el paciente utilizaba para evi-



tar la ansiedad que habrían producido el reconocimiento y manifestación de sus ideas. A estas maniobras las llamó *mecanismos de defensa*. Estos mecanismos están asimismo más allá de la consciencia; es decir, el paciente no sólo no sabe qué está reprimiendo, sino que los fenómenos defensivos en sí son inconscientes. Si no lo fuesen, la mente consciente iría en pos de los contenidos censurados, deshaciéndose la estabilidad alcanzada a través de la represión. Este planteamiento inaugura la *segunda tópica* freudiana (1923), en la que el conflicto intrapsíquico se conceptuaba como producido no entre lo inconsciente y lo preconscious, sino entre otras dos instancias, inconscientes ambas: un *ello*, sede de las pulsiones instintivas, y un *yo*, responsable de las defensas.

Inicialmente, Freud no previó las consecuencias de este cambio de tópica para la *técnica* psicoanalítica. Fue principalmente la exploración de los mecanismos inconscientes de defensa lo que dio cuenta de la prolongación de los tratamientos psicoanalíticos de unos meses, como al principio, a años, como en la actualidad. El tratamiento dejó de consistir sólo en el intento de resolución de unos síntomas neuróticos *distónicos* y comenzó a centrarse, además, en el desentrañamiento de unos rasgos de la personalidad que, aunque patológicos, eran experimentados por el paciente como consustanciales o *sintónicos* al sentido del sí mismo. La mera investigación de los traumas iniciales *sin* un análisis de los mecanismos defensivos *ad hoc* que, subsiguientemente, habían conformado y deformado el carácter, empezó a considerarse como el caso de la brigada de bomberos que acudió a apagar un incendio, limitándose sólo a retirar la lámpara de aceite que lo había provocado, que dijera Freud (1937) en otro contexto. Además, Freud había comenzado a estudiar y tratar otro tipo de neurosis sintomáticas y caracteriales, como la obsesiva o la fóbica, con mecanismos defensivos más complicados que la represión (típica de la patología histérica), como las defensas del aislamiento del afecto, la proyección, la evitación, la regresión, el pensamiento mágico, etcétera.

Freud encontró que la libre expresión del contenido mental que su nuevo método fomentaba en los pacientes solía desembocar en unos sentimientos intensos de éstos hacia la figura del analista. Estos sentimientos podían ir desde la admiración injustificada y el enamoramiento hasta el desprecio y el odio irracionales. Esto resultaba tanto más llamativo cuanto que Freud había aprendido por entonces acerca de la conveniencia de mostrar con sus analizados mayor neutralidad en sus juicios y una actitud de gran abstinencia, con la finalidad de disminuir en lo posible la influencia sugestiva. Sobre esta pantalla de relativo anonimato los pacientes proyectaban pasiones y miedos de origen infantil que habían coloreado todas sus relaciones anteriores y que se habían fraguado, sobre todo, en la relación con los padres. A este fenómeno llamó Freud *transferencia*. Hoy día, todos los psicoanalistas sabemos que el análisis de la transferencia permite un acceso privilegiado al psiquismo inconsciente de nuestros pacientes. Ocasionalmente, este análisis se complica por el hecho de que el analista también puede estar sujeto a distorsiones transferenciales, distorsiones de las cuales su propio análisis personal no siempre consigue liberarle suficientemente.

Una psicología nueva

En los albores del siglo xx, Freud escribió unos extensos tratados sobre los sueños (1900), los actos fallidos (1901) y sobre la dinámica inconsciente del humor (1905). Son obras muy conocidas. Sin embargo, en lo que se suele reparar poco es en que, con estos estudios, Freud dejó de ocuparse exclusivamente del tratamiento de las neurosis para embarcarse en el proyecto mucho más ambicioso de una explicación general de la psicología profunda. En sus propias palabras, "el psicoanálisis no es ya una ciencia auxiliar de la Psicopatología, sino el principio de una psicología nueva y más fundamental, indispensable también para la comprensión de lo normal" (1924). Las diferencias entre lo patológico y lo normal se convirtieron en una cuestión más cuantitativa que cualitativa, lo que trastrocó concepciones anteriores acerca de la naturaleza de las alteraciones mentales. El archiconocido complejo de Edipo, por ejemplo, fue considerado no sólo un nudo central de las neurosis, sino la culminación de una etapa en la psicosexualidad infantil de donde se derivarían, dependiendo de su rumbo, tanto los síntomas neuróticos y las desviaciones sexuales, como las soluciones adaptativas y normales. Otro ejemplo era el de los mecanismos de desplazamiento, condensación y los simbolismos que, claramente, se manifestaban no sólo en los síntomas, los sueños y la "psicopatología de la vida cotidiana", sino también en las sublimaciones, la actividad artística y en terrenos culturales como las mitologías, el folklore o los cuentos populares.

Freud intentó establecer una conexión entre la ciencia y las humanidades, tan divergentes desde la revolución científica. El nuevo espíritu de ilustración había alentado, en una reacción pendular a las elucubraciones filosóficas de antaño, la tendencia a centrar los esfuerzos de los investigadores sólo en cuestiones mensurables, siguiendo procedimientos que proporcionasen resultados previsibles. Como consecuencia, en palabras de Waelder (1956), "las interpretaciones de fenómenos muy complejos y todas las teorías no verificables 'objetivamente' fueron arrojadas al infierno científico reservado para la religión, la metafísica y el misticismo o, al menos, al purgatorio reservado para aquellos asuntos que no merecían ser aún considerados científicamente". Con admirable facilidad y productividad, Freud supo llevar a cabo investigaciones tanto en el campo biológico como en el cultural. Escribió ensayos psichistórico-artísticos sobre Leonardo da Vinci (1910), Miguel Ángel (1914) y Dostoyevski (1928), y ensayos psicosociológicos como *Tótem y tabú* (1913) o *Moisés y la religión monoteísta* (1938). Pero Freud, formado en neurología —y no en psiquiatría, como a menudo se afirma— escribió también un tratado sobre la afasia (1891), un *Estudio comparativo de las parálisis* (1893) y una *Psicología para neurólogos* (1895). Por cierto que los actuales avances en neurología diagnóstica, en especial aquellos efectuados con técnicas de neuroimagen, han confirmado y expandido muchos de los supuestos de Freud, tema sobre el que han escrito recientemente reputados especialistas como Mark Solms, Antonio Damasio o Eric Kandel. De hecho, ya existe una Sociedad Internacional de Neuropsicoanálisis. Jack Gorman, presidente del Hospital Mc Lean, de Harvard, ha expresado la opinión de que, si Freud viviera en la actualidad, "estaría ahí trabajando con nosotros en el laboratorio" (Kalb, 2006).

Pero donde Freud destacó más, sin duda, fue en la descripción de sus célebres casos clínicos, de cuya patología, todo sea dicho, nunca descartó la existencia de condicionamientos constitucionales. La agudeza de sus observaciones y la inteligencia de sus deducciones fueron extraordinarias. Sus textos siguen siendo estudiados en todos los institutos psicoanalíticos del mundo. Hay que señalar que el valor heurístico de las exposiciones y conclusiones de Freud fue realzado por su lúcido estilo literario, heredero del romanticismo alemán. No sin razón en 1930 le fue concedido el premio Goethe, máximo galardón de las letras germanas.

Oposición al psicoanálisis

La obra freudiana, el psicoanálisis, está constituida por un conjunto de deducciones empíricas, métodos de investigación y tratamiento, y teorías a distintos niveles de abstracción sobre la patología y la normalidad mental. En prosa más inspirada, se trata de un "ingenioso edificio de observaciones y supuestos con que Freud pone cerco al secreto palpitante de nuestra intimidad psíquica" (Ortega y Gasset, 1922). Gran parte del impresionante legado de Freud está escrito hace más de un siglo. Como no podía ser de otra manera, adolece de algunos errores y en él se constata datos incompletos y soluciones tentativas, a pesar de la evolución teórica de este autor a lo largo de su vida. Los detractores del psicoanálisis, casi por sistema, dirigen sus críticas a algunas inconsistencias en la obra de Freud, como si en la ciencia por él creada no hubiese habido modificaciones técnicas y correcciones en la teoría llevadas a cabo tanto por él como por psicoanalistas posteriores. No obstante, es necesario añadir que el *corpus* freudiano, a pesar de su grandísima importancia histórica, no representa la práctica psicoanalítica moderna. Señalaré aquí que la aplicación *clínica* del saber psicoanalítico más utilizada y que ha demostrado ser de mayor importancia práctica no es el largo y arduo tratamiento de diván, como a menudo se piensa, sino las distintas formas de psicoterapia relativamente breve y focalizada, derivadas de la teoría freudiana.

Tampoco la biografía de Freud, algo mitologizada por algunos autores como Jones (1953-57), Schur (1972), Clark (1980) o Gay (1988), y algo menospreciada por otros como Fromm (1979), Sulloway (1979), Rosenfield (2000) o Flem (2003), es necesariamente relevante para la disciplina por él creada. Como dijo Jacob Arlow, gran analista neoyorquino recientemente fallecido, "El psicoanálisis fue central en la vida de Freud, pero la vida de Freud no es central para el psicoanálisis como ciencia. La validez de los hallazgos psicoanalíticos es bastante independiente de lo que le sucedió a Freud como hombre" (1991). Lo que hemos intentado emular sus seguidores (no siempre con éxito) es su curiosidad sin límite, su falta de prejuicios, su honradez intelectual y su disposición a cambiar la teoría cuando no concordaba con los datos de observación.

Ya Freud se quejó de "la resistencia general que se alza contra nuestra disciplina y el olvido de todas las reglas de la cortesía académica, de la lógica y de la imparcialidad en el que caen

nuestros adversarios" (1915-1917, xviii). El padre del psicoanálisis señaló, también en sus *Lecciones introductorias*, que esta oposición no se debía a dificultad intrínseca alguna a la hora de concebir y comprobar la existencia de un mundo mental inconsciente, sino a la mortificación que este reconocimiento suponía para la autoestima del hombre, "que ni siquiera es dueño y señor en su propia casa, sino que se halla reducido a contentarse con escasas y fragmentarias informaciones sobre lo que sucede fuera de su conciencia en su vida psíquica". Ciertamente, mucha de la antipatía hacia las ideas de Freud se explica por su exploración de verdades insospechadas y amenazantes para nuestra autoestima y por su énfasis en el encauzamiento racional de los impulsos primarios. Nada de esto fue ni será nunca popular. Según Freud (1915-1917, xviii), antes del descubrimiento del inconsciente, los grandes reveses para la vanidad —o la megalomanía— humana habían sido el hallazgo atribuido a Copérnico de que nuestro planeta no era el centro del Universo y las teorías de Darwin que nos emparentaban con especies zoológicas "inferiores".

Freud expuso la continuidad y relación entre aquellas manifestaciones psíquicas que consideramos nobles y civilizadas, y nuestros deseos primigenios, describiendo elocuentemente la inmensa capacidad de autoengaño del ser humano a este respecto. En efecto, el concepto que tenemos de modo consciente acerca de nosotros mismos puede discrepar mucho de quiénes somos en realidad y qué nos motiva. Una persona puede considerarse abnegada o disciplinada cuando, inconscientemente, es masoquista; justa o ejemplarizante cuando, en realidad, es sádica; complaciente cuando es dependiente; organizada o perseverante cuando es obsesiva; amante de la humanidad cuando persigue fines eminentemente narcisistas, etc. Pero, además de poder equivocarnos atribuyendo a nuestros actos razones elevadas, también podemos errar en el sentido contrario, experimentando culpa ante actitudes sobre las que nuestra responsabilidad es mínima o nula. Comprensiblemente, estos descubrimientos del psicoanálisis han de despertar algún desconcierto y resistencia tanto en los pacientes como en cualquier ser humano que se encamine por la senda de una introspección veraz, por fascinante que ésta sea. En un número reciente de la revista *Newsweek*, se dice de Freud que "ha sido el doctor más criticado de la historia moderna, pero sigue cautivándonos", añadiendo, "las montañas de 'Prozac' que se prescriben cada año no han conseguido enterrar al psicoanálisis" (Adler, 2006).

Psicoanálisis y sociedad

El psicoanálisis tuvo un impacto arrollador sobre las profesiones de la psicología y la psiquiatría. La revolucionaria idea de que, durante el desarrollo, algunos primitivismos cognoscitivos y tendencias instintivas pudieran sustraerse a la influencia educativa y conservarse como saurios entre mamíferos, que dijera Freud (1930), cambió la manera de conceptuar la psicopatología y, consecuentemente, el modo de tratar a los pacientes. Por otra parte, muchas personas con neurosis, inhibiciones severas y caracteropatías que no habrían pensado nunca

en consultar a un terapeuta encontraron que sus padecimientos podían ser comprendidos y, a menudo, resueltos.

Además, las teorías de Freud influyeron decisivamente en los campos de la sociología, la antropología, la educación, la criminología, la religión, la literatura y la vida social misma. Se dice que no hay mejor medida de la grandeza de un genio que su capacidad de influir sobre la mentalidad de una población y de generaciones enteras que ni siquiera lo reconocen. Puede decirse esto de pensadores como Rousseau, Voltaire o Darwin y, en esta lista, entraría claramente también el nombre de Freud, porque la sociedad del siglo xx está impregnada de sus ideas hasta grados que la mayoría de los ciudadanos ni sospechan. El psicoanálisis, que algunos consideraron sólo una moda intelectual de la Viena de fin de siglo, acabó incorporado de forma definitiva al entramado de nuestra cultura. En efecto, el fermento del pensamiento freudiano sigue pudiéndose detectar en muchas manifestaciones de las artes literarias y plásticas, en nuestro teatro y en nuestro cine.

En Occidente, muchas personas que nunca han leído libros de Freud contemplan en la actualidad la posibilidad de que tras sus decisiones conscientes se oculten motivaciones que son incapaces de definir. Mucha gente se cuestiona lo que puede haber detrás de sueños, fantasías y lapsus que antaño generaban poco interés. Manifestaciones sexuales que antes juzgábamos reprobables nos parecen hoy día aceptables. Por lo general, tenemos una actitud más tolerante y comprensiva en la crianza de los niños desde que sabemos de su mundo interno de miedos y pasiones en conflicto, de sus distorsiones de la realidad, de su peculiar combinación de sentimientos de desamparo y anhelos de omnipotencia. Otro modo de decir esto es que tendemos menos que antes a "adultomorfizarles". También somos mucho más conscientes, y esto es crucial, de que su personalidad futura dependerá en gran parte de las influencias benéficas o experiencias traumáticas que vivan en esos años formativos. La idea de que el niño pueda ser 'el padre' del hombre es eminentemente freudiana.

Asimismo, tenemos una disposición más humanitaria en el trato con los enfermos mentales y los delincuentes. Con respecto a estos últimos, uno de los hallazgos de Freud que resultó más sorprendente fue el de la existencia en algunos casos de una necesidad de castigo por sentimiento inconsciente de culpa. Este importantísimo dato había sido aducido por Freud también en un buen número de enfermos neuróticos como obstáculo a la curación de los síntomas. Contestando al argumento de que el psicoanálisis por él creado se interesaba solamente por lo instintual en el hombre, descuidando su dimensión moral y la actividad culpógena de la conciencia, Freud recordó: "Si queremos ahora volver a nuestra escala de valores, habremos de decir que no sólo lo más bajo, sino también lo más elevado, puede permanecer inconsciente" (1923).

En 1958, Geoffrey Gorer escribió sobre la "influencia diluida" del psicoanálisis en nuestra cultura: "Gracias al trabajo de Freud los débiles y los desheredados son comúnmente tratados con solicitud y compasión, y con un intento de comprensión que constituye uno de los pocos cambios del que no tenemos que avergonzarnos en el clima de opinión del presente siglo"

(citado en Waelder, 1960). Con lo de "influencia diluida", este antropólogo británico se refería precisamente a las repercusiones de las ideas de Freud en campos diferentes a la aplicación clínica del psicoanálisis. En efecto, seguramente la influencia "concentrada" del psicoanálisis en el tratamiento de los trastornos emocionales *no* constituye la dimensión de los descubrimientos freudianos que ha trascendido más. Este puesto estaría reservado para sus aplicaciones educativas y preventivas.

Progreso y violencia

Freud fue comedido a la hora de alegar cambios en las circunstancias personales de sus pacientes. Según dijo, se conformaba con que el tratamiento psicoanalítico fuese capaz de "transformar su miseria histórica en un infortunio corriente" (Breuer y Freud, 1895). También se mostró muy escéptico respecto a la ideología imperante en el siglo XIX de que el progreso tecnológico y los cambios sociales conducirían forzosamente a una evolución moral de la condición humana. Freud, un conservador bastante pesimista, habría suscrito el mensaje orteguiano de que lo que ha avanzado realmente es el mundo y no sus habitantes (Ortega y Gasset, 1930). Como ha señalado Lowenberg (2006), "Freud no supuso nunca que éramos mejores que los hombres de la Grecia clásica. No creyó en la idea de un desarrollo natural ni en un progreso moral de los individuos ni de las épocas". Pensaba que el único progreso moral obtenible era el que podía alcanzarse a través del conocimiento de nuestro psiquismo inconsciente. Este conocimiento sería lo único que nos permitiría cierto dominio sobre las manifestaciones violentas de los instintos. Pero dicha exploración es inquietante y suele generarnos sentimientos de vergüenza, por lo que siempre existe la tentación de declararnos convencidos ante decisiones que son realmente conflictivas, con arrogancia y una sensación de falsa seguridad. A propósito de esto puede uno evocar la respuesta que con orgullosa firmeza dio el presidente Bush en 2004 a la pregunta de si había tenido pensamientos ulteriores acerca de su decisión de invadir Irak: "No como para ponerme a reflexionar en un diván".

Definitivamente, el conocimiento psicoanalítico puede ser de utilidad en la comprensión de la hostilidad entre los seres humanos que amenaza constantemente con desintegrar los logros de la sociedad civilizada. Sobre esto escribió Freud en *El porvenir de una ilusión* (1927) y *El malestar en la cultura* (1930). La supervivencia de la civilización radica, sobre todo, en la capacidad de mantener a raya las tendencias agresivas del hombre, más imperiosas que sus intereses racionales, por medio de formaciones reactivas, esto es, de mecanismos psíquicos que le protejan, transformando, a través de la empatía, sus impulsos peligrosos en lo contrario (por ejemplo, el desprecio en estima, o el odio en compasión). Un ejemplo extremo de esta maniobra psicológica es el precepto ideal de amar al prójimo *como a uno mismo*. Pero ocurre que este tipo de amor es "contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana" (Freud, 1930). En efecto, este mandamiento —diferente de la capacidad de sentir auténtica empatía— resul-

ta difícilmente realizable. En su esfuerzo por contrarrestar las pasiones instintivas amenazantes, el ser humano llega a adoptar actitudes utópicas. Éstas, de paso, suelen reforzar la cohesión del grupo o la nación frente a otros grupos o naciones, permitiéndonos la gratificación narcisista de considerarnos mejores que los semejantes.

En todas las épocas y lugares, los idealismos reactivos a los impulsos agresivos han sido utilizados para justificar atropellos, terrorismos y guerras (particularmente las religiosas) en aras de un supuesto bien superior. La historia de los conflictos entre comunidades humanas parece una sucesión de racionalizaciones de la codicia, la envidia y el sadismo, de proyecciones de los males propios y de culpabilización sistemática del adversario. Frecuentemente sucede que, cuanto mayor es la proximidad de geografía y tradiciones, mayor es el recelo que se tienen las comunidades. Se trata del fenómeno que Freud denominó "el narcisismo de las pequeñas diferencias" (1921).

Freud escribió sobre la temible dinámica que no frena, sino que permite al superyó colectivo alentar la belicosidad y salvajismo contra otras sociedades que *deben* ser destruidas como depositarias de todo lo "malo". Freud señaló que la mayor amenaza para el futuro de la Humanidad residía en el desconocimiento de las fuerzas psíquicas ocultas en nuestro interior. Esta amenaza, que ha acompañado al hombre a lo largo de su historia, cobra una relevancia especialmente ominosa en nuestra era de armas de destrucción masiva. Posiblemente Ernest Jones tuviese razón cuando dijo, hace ya medio siglo, que: "Si nuestra especie tiene la suerte de sobrevivir 1.000 años más, el nombre de Sigmund Freud será recordado como el del hombre que halló por primera vez el origen y naturaleza de dichas fuerzas, indicando el modo de conseguir algún tipo de control sobre ellas". Freud opinó que las enseñanzas del psicoanálisis prevalecerían a pesar de ser tan poco audibles ante el estruendo irracional de la vida instintiva. Escribió, "La voz del intelecto es apagada, pero no descansa hasta haber logrado hacerse oír y siempre termina por conseguirlo, después de ser rechazada infinitas veces. Es éste uno de los pocos puntos en los cuales podemos ser optimistas en cuanto al porvenir de la Humanidad" (1927).

Bibliografía

- Adler J. Freud in our midst. Newsweek, marzo 2006.
- Arlow J. Address to the graduate analysts of the San Francisco Psychoanalytic Institute. The Amer Psychoanal 1991; 25: 15-21.
- Breuer J y Freud S. Estudios sobre la histeria (1895). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Clark RW. Freud, the man and the cause. Nueva York: Random House, 1980.
- Flem L. Freud, the man: an intellectual biography. Nueva York: Other Press, 2003.
- Freud S. On aphasia (1891). Nueva York: Int Univ Press, 1953.
- Freud S. Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e históricas (1893). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.

- Freud S. Proyecto de una psicología para neurólogos (1895). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. La interpretación de los sueños (1900). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. Psicopatología de la vida cotidiana (1901). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. El chiste y la relación con lo inconsciente (1905). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. Tótem y tabú (1913). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. El 'Moisés' de Miguel Ángel (1914). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. Lecciones introductorias al psicoanálisis (1915-1917). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Freud S. Psicología de las masas y análisis del yo (1921). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. Psicoanálisis y teoría de la libido (1922). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. El yo y el ello (1923). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. Autobiografía (1924). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. El porvenir de una ilusión (1927). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. Dostoyevski y el parricidio (1928). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. El malestar en la cultura (1930). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.
- Freud S. Análisis terminable e interminable (1937). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1975.
- Freud S. Moisés y la religión monoteísta (1938). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1975.
- Fromm E. Greatness and limitations of Freud's thought. Nueva York: Harper & Row, 1979.
- Gay P. Freud, una vida de nuestro tiempo (1988). Barcelona: Paidós, 1989.
- Jones E. Vida y obra de Sigmund Freud (1953-1957). Buenos Aires: Hormé-Paidós, 1960.
- Kalb C. The therapist as scientist. Newsweek, marzo 2006.
- Lowenberg PJ. Freud as a cultural historian. The Amer Psychoanal 2006; 40: 25-35.
- Ortega y Gasset J. Nueva medicina espiritual. La Prensa (Buenos Aires), 1 de octubre de 1911. En: Blanco y Negro Cultural, octubre de 2004; pp. 4-6.
- Ortega y Gasset J. Prólogo a la primera edición de las Obras Completas de Sigmund Freud (1922). Obras completas. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.
- Ortega y Gasset J. La rebelión de las masas (1930). Obras completas. Madrid: Revista de Occidente, 1947.
- Rosenfield I. Freud's megalomania. Nueva York: Norton, 2000.
- Schur M. Freud: Living and dying. Nueva York: Int Univ Press, 1972.
- Sulloway FJ. Freud, biologist of the mind. Nueva York: Basic Books, 1979.
- Waelder R. Freud and the history of science. J Amer Psychoanal Assn, 1956; 4: 602-613.
- Waelder R. Teoría básica del psicoanálisis. México: Pax, 1960.